

La moda y “la trampa del sentido común” Sobre la operación Raymond Williams en *Punto de vista*¹

por Miguel Dalmaroni
(Universidad Nacional de La Plata)

RESUMEN

Se describe y analiza la difusión del “materialismo cultural” inglés que llevó a cabo la revista argentina *Punto de vista* desde 1979. Se razonan los propósitos declarados de la operación —posibilitar, contra la moda de la teoría francesa, un retorno a la historia y al sujeto; seguir pensando conexiones entre cultura y política en el contexto de la dictadura militar iniciada en 1976— y se agregan razones menos evidentes —una estética de la novedad que impulsa la sustitución de teorías; la necesidad de abandonar una teoría cultural ligada al concepto de revolución sin abandonar una cultura socialista; el propósito de abandonar la teoría entendida como “modelo “ y como doctrina. Finalmente, se propone cómo en la versión williamsiana de los “estudios culturales” que la operación va organizando retorna una lectura de la teoría francesa, la del Barthes semiólogo de la vida cotidiana y de la cultura de masas, y cómo en trabajos de Beatriz Sarlo se ponen a prueba los límites del desplazamiento de la crítica hacia prácticas de la cultura popular o no canónica.

1. Examinar lo que en el título llamo “la operación Raymond Williams” es examinar un capítulo reciente en la historia de las intervenciones teóricas importadoras de la crítica argentina. Y si acaso la proximidad temporal del episodio podría abrir una discusión tanto acerca del interés que su examen, al proponerse, postula para el episodio mismo, como acerca de la confiabilidad crítica de las conclusiones, otra clase de proximidad debe ser señalada entre las condiciones de posibilidad o de enunciación de un trabajo como éste: no pocos de entre quienes nos incorporamos al debate de la crítica literaria argentina en el curso de los últimos, digamos, quince o veinte años, hemos mantenido un diálogo casi obligado con el programa de crítica de la cultura sostenido por *Punto de vista* y por el persistente trabajo crítico de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, diálogo más o menos constante, más o menos intermitente, que pudo haber oscilado —según los momentos— entre la fascinación y la polémica, el consentimiento y el desacuerdo, el plagio y el rechazo. Las notas que siguen suponen que esas condiciones, esas proximidades, ofrecen algo más que presuntas desventajas (cuando la exigencia de “distancia” cristaliza en prejuicio epistemológico, la crítica —que nace sólo tras una experiencia de aproximación— deviene *estudio* y se arriesga a olvidar su estrecha vecindad con la polémica).

La primera parte de estas notas es una reseña razonada de la operación. En la segunda se intenta avanzar sobre algunas hipótesis que van algo más allá de lo descriptivo.

La difusión del “materialismo cultural” inglés que la revista argentina *Punto de vista* hizo a partir de 1979 se caracterizó por una persistente estrategia de explicitación de sus propósitos y de sus motivaciones: Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo importaban teorías inglesas y, al mismo tiempo, señalaban por qué lo hacían.

Dos razones principales son explicadas para transparentar la operación o para justificarla. La primera es de orden teórico, o relativa a una contienda teórica y política con “las tendencias que prevalecen en la crítica literaria y cultural”²: el propósito de emprender una profilaxis antiparisina,

¹ La primera versión de este trabajo fue leída en el “Encuentro sobre crítica literaria argentina de las dos últimas décadas” (Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 11 y 12 de setiembre de 1997). Jorge Panesi leyó un borrador, sobre el que hizo provechosas observaciones; el concepto de “operación” se encuadra en las definiciones de Panesi en “Las operaciones de la crítica: el largo aliento” (conferencia leída en el mismo “Encuentro...”, inédita). La lectura de “Beatriz Sarlo: una crítica moderna” de María Celia Vázquez resultó también muy iluminadora respecto de algunos puntos (en el mismo “Encuentro...”, inédita).

² *Punto de vista* (en adelante PV), II, 6, julio 1979, p. 9.

es decir antiformalista, mediante un retorno al sujeto, a la historia y a la experiencia. Bajo el subtítulo “Los senderos de la teoría crítica”, ese propósito se expone en la presentación de Williams y Hoggart, “Insular-mente independientes de las modas culturales”, entrevistados por Sarlo en el número 6 de la revista, ofrecidos allí como “alternativas” frente a “las modas teóricas”, ligadas a “una formidable industria cultural, apoyada en una exportación de libros que es la mayor del mundo”, modas responsables “acaso” de nuestra lectura mutilada de los formalistas rusos. Son Althusser y Macherey, “el estructuralismo de Barthes, Todorov o Kristeva” y *Tel quel* aspirando a “ocupar el campo de la crítica literaria como única forma de la ‘modernidad’ teórica”, la lingüística operando como “ciencia piloto” de las disciplinas sociales³.

La segunda razón aparece casi a posteriori de la operación importadora propiamente dicha, como autoexamen retrospectivo, y es una razón política: en medio del horror de la dictadura militar, Williams permitía alentar una esperanza, la de seguir pensando conexiones entre cultura y política, y por tanto la de mantener lazos entre crítica de la cultura e intervención en el debate público o político.⁴

Quisiera proponer que, además de esas razones que forman parte del autoexamen con que Altamirano y Sarlo acompañan su operación importadora, se puede distinguir algunas otras.

La más evidente es una razón estética o, si se quiere, relativa a la lógica política del campo intelectual: importar a Williams era un modo de ejercitar una estética vanguardista de la teoría, porque era importar un repertorio teórico nuevo, “desconocido”, “exótico”, susceptible de ser “estigmatizado”, un “desafío” y un “desvío”.⁵ Esta razón estética despunta apenas en esas palabras y en algunos tonos, pero —tal vez sea obvio señalarlo— no se enuncia entre los propósitos polémicos de la operación, porque en algún sentido los contradiría: una operación de vanguardia o de provocación como ésta puede activar, como un valor que implícitamente la legitime, la lógica sustitutiva de la moda, pero no puede invocar esa lógica como argumento de legitimación desde que ha caracterizado a su enemigo como, precisamente, la moda.⁶

Otra razón, la que me parece principal, puede analizarse en dos aspectos.

En lo político, *Punto de vista* necesitaba encontrar un foco teórico novedoso que, sin abandonar del todo el programa de crítica de la cultura elaborado poco antes en la revista *Los libros*, permitiera abandonar el marco político que había funcionado como justificación de ese programa, es decir, abandonar un socialismo indefectiblemente dependiente del concepto de “revolución” sin abandonar del todo el socialismo. Si esto es cierto, la razón política que a posteriori Sarlo y Altamirano le piensan a la operación se complejiza: la dictadura militar operaba no sólo como ejecutora de un corte entre cultura y política sobre el que era necesario suturar, sino también como derrota de una praxis política radical que quedaba obligada, así, a revisar sus presupuestos, incluidos los del análisis de la cultura que la había acompañado. Sarlo ha escrito hace poco:

Hoy me doy cuenta de que, en los años de la dictadura militar, esta idea de Williams [se refiere a “estructura de sentimiento”] me resultaba llena de esperanza: se trataba de observar en aquel presente horrible las señales que marcaban la quebradura por donde podía emerger un tiempo diferente.⁷

Resultaría por lo menos simplista suponer que la esperanza williamsiana remitía a un tiempo sólo diferente del de la dictadura: la operación teórica preparaba o buscaba también la

³ PV, *ibid.*, p. 9-10.

⁴ Especialmente Sarlo Beatriz, “Raymond Williams: una relectura”, en PV, XVI, 45, abril 1993, p. 13.

⁵ PV, II, 6, julio 1979, p. 9; XVI, 45, abril 1993, p. 13.

⁶ Respecto de este punto, es interesante lo que anota Altamirano en 1988, en una nota motivada por la muerte de Williams: “Y nos convertimos en algo así como ‘williamsianos’ en la Argentina, una de esas mezclas medio estrambóticas...” (“Raymond Williams 1921-1988”, PV, XI, 33, setiembre-diciembre 1988, p. 1).

⁷ Sarlo, Beatriz, “Historia de la cultura”, en *Clarín*, “Cultura y nación”, Buenos Aires, 24 de julio de 1997, p. 6 (a propósito de la edición en castellano de Williams, R., *La política del modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial, 1997).

emergencia de un tiempo distinto del tiempo de la cultura precedente, la de los setenta, orientada por un *telos* revolucionario categórico.

Correlativamente, en el plano teórico, *Punto de vista* necesitaba abandonar la teoría. Quiero decir: abandonar la teoría entendida, en tanto aparato metodológico, como “modelo”, y en tanto compromiso subjetivo, como doctrina, como creencia, atada por tanto a una correlación más o menos directa con un tipo de praxis, es decir un tipo de militancia, un tipo de moral. La mordacidad o la beligerancia irónica de los símiles religiosos y de la moda que usa Altamirano para referirse a la teoría francesa —“lenguajes de temporada”, “catecismo”, “bautismo”, “comunión”—, o el símil policial de Sarlo —“atrapados en la conexión francesa”— enfatizan esa necesidad; aunque en ninguno retumba tanto la acusación de totalitarismo teórico y político como en este de Sarlo: “Había sonado la hora del corte epistemológico y la revolución teórica”.⁸

Hacerse williamsiano permitía las dos cosas: por una parte, proporcionaba una perspectiva de análisis de la cultura que minimizaba el significado histórico de los episodios o las prácticas revolucionarias más o menos autoconscientes y más o menos dominantes. Ya no era necesario poner el foco en los momentos de rupturas, ni en las vanguardias ni en las estéticas de la novedad. Se podía, antes que ir a buscar las epifanías o las emergencias tumultuosas, apoyar detenidamente el oído en la quietud aparente de una historicidad sin sobresaltos y adivinar, en el susurro remoto y subterráneo que se dejaría oír, las formas pacientes de una revolución que era, en tanto tal, menos episódica que procesual, menos uno o varios combates que una *larga* vida. El Williams leído por *Punto de vista* era reformista no sólo en términos políticos, sino también en términos teóricos y metodológicos.⁹ Por otra parte, el modo williamsiano de relacionarse con la teoría, tal como lo recuperaban Sarlo y Altamirano, era también *reformista*: la posibilidad de definirse “williamsiano” parecía casi autocontradictoria, porque serlo significaba constituirse como sujeto teórico o crítico ecléctico, móvil, metódicamente revisionista y metodológicamente escéptico, nunca definitivamente categórico. Hacerse williamsiano parece implicar para *Punto de vista* el abandono de los dogmatismos o las decisiones teóricas y metodológicas, el rechazo del “espíritu despótico y autosuficiente de la conceptualización abstracta”.¹⁰ Como anota Altamirano en 1981:

Sus proposiciones [las de Williams] no tienen la seducción de los enunciados rotundos y concluyentes ni podrían agruparse en un cuerpo restringido de tesis aptas para responder acerca de todos los problemas (...) Williams, además, no entra cómodamente en ninguna tradición intelectual, ni siquiera la marxista, con la cual ha mantenido un vínculo permanente pero siempre desde una posición excéntrica.¹¹

Quisiera proponer, finalmente, una circunstancia de tipo metodológico y a la vez profesional que puede distinguirse, si no como determinación, por lo menos como efecto de la operación funcionalmente integrado a las condiciones de producción de la crítica literaria y de la

⁸ PV, XVI, 45, abril 1993, p. 13.

⁹ Prefiero referirme, más que al propio Williams, al “Williams leído por PV”, pues no habría que descartar la hipótesis según la cual la atribución de “reformismo” a los trabajos de Williams se debe no sólo a cuestiones biográficas, adscripciones políticas y simpatías estrictamente teóricas, sino también a la estrecha relación de sus categorías y tesis no con cualesquiera procesos revolucionarios de la modernidad, sino de manera particular (restringida, como se ha dicho) con la historia de Inglaterra; en ese sentido, no parece casual que la prosa de Williams no atenúe el énfasis o la dramatización cuando encuentra, durante su recorrido por la “larga revolución” británica, ciertos promontorios de aceleración o acaloramiento revolucionario. Esta atinada prevención me fue sugerida por Alberto Pérez.

¹⁰ Altamirano, Carlos, “Prólogo” a *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983. Como me sugirió una observación de Sergio Pastormerlo, en ese rechazo de la “conceptualización abstracta” hay un énfasis propio de la operación, claramente estratégico, sobre todo si se repara en algunos textos de Williams en los que la formalización *puramente* teórica se sostiene y se eleva con notable persistencia, completamente desprendida del análisis empírico durante tramos muy prolongados.

¹¹ PV, IV, 11, marzo-junio 1981, p. 20.

cultura posteriores a los años setenta.

Para el teorismo francés dominante o para los “discípulos aplicados de Althusser y su escuela”¹², nos dicen Sarlo y Altamirano, los libros de Williams podían ser estigmatizados por empiristas. Ahora bien: ese empirismo posibilitaba (seguramente concurriendo con otras determinaciones ajenas a la operación Williams) un hábito metodológico que se iría haciendo característico de los “estudios culturales” hacia mediados de los años ochenta, pero que Altamirano y Sarlo defendían y cultivaban desde fines de la década anterior¹³, un hábito que la retórica taimada de Jorge Panesi suele designar como el de “desempolvar mamotretos”. No quisiera aquí simplificar, equiparando contextos históricos en mucho muy diferentes, pero el retiro del debate público y de la discusión sobre la *actualidad* a que la crítica fue obligada por la dictadura tiene un rasgo o un escenario en común con la imposibilidad posterior de recuperar formas de intervención pública más o menos operantes; ese escenario común es el archivo, el crítico como recoleta y recolectora rata de archivo. En los años ochenta los críticos literarios se hicieron archivistas no sólo para imitar a Michel Foucault, ni sólo como habituación de lo que había sido una estrategia de sustracción del cuerpo a los represores, sino también porque los méritos eruditos, positivistas o historiográficos de su labor iban contrapesando profesionalmente la imposibilidad de reclamar o atribuir una función o una eficacia política inmediata a su discurso. La aceptabilidad política de ese movimiento quedaba enfáticamente autorizada por una lectura orientada de la teoría de Williams, que tanto insiste en la significación presente del estudio minucioso del pasado, o por una lectura de la impronta etnográfica de Hoggart.

2. Pero también en los textos fundadores del culturalismo inglés había otros modos disponibles para volver a las calles.

Quisiera proponer, en este sentido, una hipótesis que también parte de una transparencia. La hipótesis podría decir, aproximadamente, que el inconsciente de la operación Williams no es inglés, ni historicista, ni culturalista ni *popularista*. Es parisino, estructuralista, semiólogo y *esteticista*: es Barthes. Pero ya no el Barthes que en una de las preguntas que Sarlo dirigía a Williams en 1979 era ubicado junto con *Tel quel* en un “formalismo francés (...) realmente mucho más abstracto y formalista que Saussure”.¹⁴ Es, en cambio, el Barthes semiólogo de la vida cotidiana, el Barthes ensayista, el Barthes de las *Mitologías*¹⁵, de quien Sarlo escribiría en 1981 que desbarataba “la trampa del sentido común” tendida por la Doxa.¹⁶ Si reconocemos en esa saña anti-ideológica del primer Barthes el emblema remoto de lo que sería luego el teorismo althusseriano, es por lo menos curioso que ese mismo año de 1981, en ocasión de editarse la traducción de *Marxismo y literatura* de Williams, Altamirano hable del crítico inglés como del representante del sentido común ante las filosofías de la “escritura”:

Frente al círculo tautológico de un análisis que, sobre la premisa de que todo es cuestión de escritura, sólo puede afirmar de todo que está escrito, Williams reconoce la reacción impaciente del sentido común, que reivindica la lectura de las obras como expresión de sentimientos, ideas y experiencias.¹⁷

En esa curiosa y contradictoria coincidencia hay algo más que un punto de partida para establecer diferencias entre Altamirano y Sarlo en el interior de la operación Williams: algo así como la reemergencia del denegado culto parisino, de algunas de sus creencias por lo menos. Volviendo a la hipótesis, entonces, la transparencia que la inicia está en un reconocimiento de Sarlo: más de

¹² PV, IV, 11, marzo-junio 1981, p. 21.

¹³ Véase especialmente el “Prólogo” de Altamirano a *Ensayos argentinos* (cit.) y PV, IV, 11, marzo-junio 1981 p. 21, primera columna.

¹⁴ PV, H, 6, julio 1979, p. 14.

¹⁵ Barthes, Roland, *Mitologías*, México, Siglo XXI, 1988 (1ª ed. en francés: 1957).

¹⁶ Sarlo, B., *El mundo de Roland Barthes*, Buenos Aires, CEAL, 1981, p. 25.

¹⁷ PV, IV, 11, marzo-junio 1981, p. 23.

una vez le hemos escuchado decir que ese Barthes, que ese libro de Barthes, sostiene el proyecto de sus *Escenas de la vida posmoderna*.¹⁸ Bien mirada, esa declaración repetida señala oblicuamente lo que *Punto de vista* encontró en el libro de Richard Hoggart¹⁹, en los intereses cultura-listas y en los objetos de análisis de Williams: un programa crítico que podía leerse como una continuación involuntaria de un Barthes abandonado por Barthes, como una traducción al inglés del primer Barthes.²⁰ Sobre todo, una continuación del interés de ese Barthes en la Historia y en la crítica de la ideología ejercidas con la movilidad analítica y con la libertad indisciplinada para detectar objetos de análisis contracanonicos propias del ensayista. Pero también, un Barthes de quien se pretendía que operaba con las banalidades de la cultura pequeño-burguesa de masas en Francia como Hoggart lo haría con la cultura obrera y popular inglesa: “Hoggart lee a esta cultura —quiere Sarlo— como, en sus ensayos literarios, lee a Orwell o a D. H. Lawrence”.²¹ Es idéntico el propósito que Sarlo declara al iniciar su estudio de las novelas de folletín de los años veinte: “tratarlas como literatura”.²²

En este sentido, no parece aventurado pensar que *El imperio de los sentimientos*, en el que Sarlo comenzó a trabajar hacia 1982, declara mucho acerca del programa crítico que lo engendró cuando, en el final de la lista de reconocimientos con que se cierra la “Introducción”, precedidos por Williams, se menciona juntos a “Richard Hoggart y Roland Barthes”. Ocuparse de significaciones y de literaturas *plebeyas*, ajenas a la *distinción*; hacerlo menos o no sólo desde el análisis sociológico al que solía condenárselas, sino con las competencias de lectura adquiridas en la frecuentación de la cultura letrada, pero hacerlo —a la vez— sin condescender al “círculo epistemológico del populismo cultural”.²³ En esta última prevención, *El imperio de los sentimientos* es mucho menos hoggartiano que barthesiano, porque a diferencia de los sujetos populares relativamente activos que persigue Hoggart, las lectoras de folletines que imagina Sarlo son casi meras consumidoras capturadas por unos textos y unos pactos de lectura que las condenan al consentimiento, a la ceguera ante los cambios, al candor, al conformismo, a la certidumbre, al reconocimiento, a la “incapacidad (feliz) de aferrar la conflictualidad estética e ideológica”, a una “relación lisa y llana” con unas narraciones “fáciles, rápidas, *legibles*” (subr. nuestro).²⁴ Parece difícil encontrar en *El imperio de los sentimientos* alguna operación analítica que siga la perspectiva atribuida por Altamirano y Sarlo a *The Uses of Literacy*: “Hoggart opina que hay mucho en la ideología de esas masas fascinadas por la literatura de kiosco que es auténticamente revulsivo respecto de los valores que esa misma literatura les proporciona”.²⁵ Para Sarlo, en cambio, los folletines sentimentales están escritos “a la medida de sus lectores”, “son confirmatorias de los hábitos de sus lectores”, “Proponen un arte medio, un arte a la medida de su público”.²⁶ Es cierto que también Hoggart sostiene una valoración alta para la alta literatura: a los obreros hay que darles a leer Dickens o *Rey Lear*. Pero la hipersensibilidad antipopulista parece impedir que el programa de *Punto de vista* se haga cargo de la razón que Hoggart agrega a esa recomendación de los clásicos: “son capaces [los grupos obreros] de una comprensión mucho más rica que la que se les adjudicó en un primer momento, (...) pueden llegar a ser más sensibles y perceptivos que sus profesores”.²⁷

¹⁸ Sarlo, Beatriz, *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

¹⁹ Hoggart, Richard, *The Uses of Literacy*, London, Pelican Books, 1969 (1ª ed: Chatto & Windus, 1957).

²⁰ Habría que anotar que paulatinamente, a medida que la operación Williams se va afirmando en la revista y produciendo ciertos efectos en el campo intelectual, los artículos de Sarlo en PV comienzan a distinguir la prosa crítica barthesiana de la escolarización parisina del estructuralismo.

²¹ PV, n. 6, julio 1979, p. 10.

²² Sarlo, B., *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Catálogos ed., 1985, p. 11.

²³ Sarlo, B., *ibid.*, p. 10.

²⁴ Sarlo, B., *ibid.*, p. 12 y 14.

²⁵ Altamirano y Sarlo, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, CEAL, 1980, p. 33.

²⁶ Sarlo, B., *El imperio...*, *cit.*, p. 16 y 151-152.

²⁷ PV, II, 6, julio 1979, p. 16. Algunas observaciones respecto del uso de “populismo” en los ensayos de

Cuánto de williamsiano o hoggartiano pueda tener un trabajo crítico que de hecho casi niega que pueda haber “usos” populares contrahegemónicos de la capacidad de leer, no es una pregunta que pueda o que me interese responder aquí de modo exhaustivo.²⁸ Por el momento sólo puedo señalar que el único foco de la obra de Sarlo en que una búsqueda como esa se distinguiría con nitidez parece estar en la tesis acerca de la estetización de los “saberes del pobre”, previamente protegida del riesgo del populismo porque se trata de Arlt y de Quiroga: de la alta literatura que trabaja con lo bajo (de la baja cultura que ha subido o de la alta literatura que ha bajado).²⁹ Por otra parte, cuando Sarlo escribe un libro parecido al de Hoggart, decide para el caso —la novela sentimental de folletín— la irrelevancia de aquella hipótesis acerca de las iniciativas críticas propias de los lectores plebeyos: en el caso del que se ocupa, esos lectores demandan y consumen lo que se les da,³⁰ y el único modo de recuperar su perfil es, o bien leer el sistema de destinación intratextual (luego, el novelín es “La literatura que ellos desean” y que los produce como lectores³¹), o bien buscándolos en los retratos que de ellos proporciona la otra cultura: Gálvez, Sánchez Gardel, González Arrili.³²

Sin que se trate de una prueba o argumento (más bien, digamos, una marca), esa decisión parece barthesiana cuando Sarlo se pregunta, al considerar los avisos publicitarios insertados en los folletines, “¿Qué tipo de consumo proponen? ¿Qué *mitologías* difunden, encuentran constituidas o imponen?” (subr. nuestro).³³

Entre nosotros es ya lugar común la advertencia según la cual los “Estudios culturales” terminan escribiéndose como un retorno postcientificista a cierta expansión disciplinaria que la semiótica protagonizó en los años sesenta. La operación Williams de *Punto de vista* preparó ese retorno de un modo preciso, porque emprendió la búsqueda tras un escrutinio de la biblioteca de *Los libros* que salvó del fuego ciertos títulos, los de un Barthes que —diría Sarlo en 1981— todavía tenía un resto de marxista (menos de lo que él mismo admitía, como Williams).³⁴ Un Barthes de quien se podía obviar su carácter de fundador pre-estructuralista de las teorías de la “escritura”, y que podía ser definido por su indefinición disciplinaria, en términos similares a los que usaba *Punto de vista* para presentar a Williams y Hoggart en 1979:

¿Cómo definirlos? No son sociólogos de la cultura solamente, ni tampoco historiadores y críticos sin más. Ambos, a lo largo de obras ya constituidas (...), se ocupan de historia de las ideas, historia cultural, sociología de la cultura popular y de los medios de comunicación, literatura.³⁵

Poco después, en 1981, Sarlo escribiría de Barthes que “ocupa su lugar en el proyecto saussureano de una ciencia que estudie los signos de la vida social. Lugar sin duda en disputa adonde confluyen (sintiéndolo cada uno como espacio propio) semánticos, lingüistas, críticos de la

Sarlo pueden hallarse en Dalmaroni, Miguel, “Notas sobre ‘populismo’ y literatura argentina (algunos episodios en la historia de un debate, 1960-1994)”, en *BOLETÍN del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, 5, octubre de 1996, Universidad Nacional de Rosario, pp. 91-110.

²⁸ Cabe subrayar que lo que me interesa aquí no es poner en tela de juicio la verdad de las proposiciones de *El imperio de los sentimientos*, sino señalar por dónde se aleja de Hoggart y de Williams, a quienes el libro cita no pocas veces.

²⁹ En Sarlo, B., “Guerra y conspiración de los saberes” en su *Una modernidad periférica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, p. 50 y sigs.; y *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

³⁰ Sarlo, B., *El imperio...*, cit., p. 21.

³¹ Sarlo, B., *El imperio...*, cit., p. 35 y 37.

³² Sarlo, B., *ibid.*, p. 20 y sigs.

³³ Sarlo, B., *ibid.*, p. 46.

³⁴ Sarlo, B., *El mundo de Roland Barthes*, cit., p. 14-15.

³⁵ PV, II, 6, julio 1979, p. 9.

cultura, antropólogos”.³⁶ Digamos: el Barthes que en *Crítica y verdad* exige para el crítico una “cultura antropológica” o demanda “principalmente la ayuda de la historia”.³⁷

³⁶ Sarlo, B., *El mundo de...*, cit., p. 25.

³⁷ Barthes, R., *Crítica y verdad*, México, Siglo XXI, 1985, p. 38 y 65 (1ª ed. en francés: 1966).